

EXPLORANDO LOS ATARDECERES DE CLARA DIANA (MARÍA ESTHER AMADOR)

Ligia Córdoba Barquero

María Esther Amador León nació en San Pedro de Montes de Oca (San Pedro del Mojón), en 1902 y murió el 20 de julio de 1928, a los 26 años, y no tuvo la oportunidad de continuar por esos caminos de la poesía, con esa "nueva parábola" que inició para señalar una "época nueva para la poesía americana", como bien ya lo dijo Yolanda Oreamuno.

Según se detalla en *Surcos de Lucha*, de Elías Zeledón Cartín (1997), María Esther se graduó de Maestra en la Escuela Normal de Costa Rica, en 1927. Desde joven se sintió inclinada por la creación literaria. Indica que su obra se encuentra diseminada en diarios y revistas, entre los que se destacan: *Repertorio Americano*, *El Maestro*, *Educación*. En la búsqueda de las revistas mencionadas, solo encontré poemas en *Repertorio Americano* y en *Revista Cultural del Istmo* (N° 5, julio-agosto-septiembre-1955), editada en Centroamérica, impresa en México (Edit. Colonial), que publicó sus sonatas, ya publicadas en *Atardeceres*.

Lo que me lleva a indagar sobre esta poetisa fue un artículo, que publicó José Ricardo Chávez, "De libros viejos y valiosos" (*La Nación*, 9 de feb. 1997) en donde menciona el libro *Atardeceres* de María Esther Amador, cuyo seudónimo era Clara Diana. Pero también usó otro seudónimo: Nerto. A partir de ese momento comienzo la búsqueda de sus escritos. En la Biblioteca Carlos Monge me encontré un único ejemplar. Luego me remito al *Repertorio Americano*, con la guía de la tesis de

Mirna Murillo y Yenory Rodríguez: "*Índice analítico sobre artículos escritos por mujeres y editados en la publicación semanal Repertorio Americano, desde 1919 hasta 1959*" (1996), para localizar otras poesías inéditas.

El objetivo de seguir adelante con esta investigación es encontrar, en su poesía, elementos que puedan enmarcar a esta poeta dentro del Modernismo, ya que su poesía tiene rasgos que pueden ser orientados hacia este movimiento: Mención de la naturaleza, lo autóctono, lo individual.

...Aquí el rumor del río siempre igual y siempre evocador e indómito cual un potro salvaje de crines plateadas! Aquí, el olor de la yerba que se renueva en silencio y que lo mismo se tuesta bajo el sol, como brilla con la luna... Benditas frondas rurales, a cuyo amparo se acoge mi corazón, amargado en la copa de su vida (pág. 22: "Al volver de la ciudad").

Impugna aspectos de la sociedad, de la religión, de su sexualidad y emerge con sus sueños que convierte en metáforas que infunden vuelo en su tristeza, en su individualidad, su audacia y fortaleza de espíritu:

...Así, hoja volandera, pasaría muy alto sobre las cabezas, sin herirlas, sin maltratarlas; no como lo hace nuestro humano pensamiento juzgando las vidas de los otros, triturando conciencias como máquina demoledora, sin detenerse a pensar que el bien y el mal son hermanos y casi siempre caminan de la mano... que son criterios relativos, en el criterio que cada cual tenga de ellos... (pág. 31: "Como una hoja seca...").

...Han cantado unos pájaros libres sobre los hilos telefónicos de la civilización esclavizante... lejos de la múltiple gestación de la ciudad que arrastra en su tumulto tantas apariencias, tantos odios, tantas sonrisas falsas, tantas palabras ingratas, mezquinas. Allá todo eso. Aquí, la sencillez hermosa y campesina... (pág. 21: "Al volver de la ciudad").

...Yo soy pagana; quiero vivir sin leyes y sin religión. Quiero ir por la vida siguiendo las normas de mi propio corazón.

¿Qué mejor religión puede tener quien no conoce de venganzas ni de mal?

¿Quién sabe perdonar y lleva en la frente el resplandor de un ideal?

¿Qué otras leyes más justas que las de la belleza y del amor para todo?

¿No es por ellas, acaso, que encontramos la estela del astro en el lodo?

...Así quiero vivir: laborando siempre para mi reino interno

...Qué me importan los ladrones y la existencia del infierno?

Dejar una huella de luz en la senda y una ternura prendida al pasar.

A la belleza, a la fe de mí misma, al amor y al dolor, yo les he levantado un altar! (pág. 152: "Mi paganismo").

"CLARA DIANA", ¿POR QUÉ OLVIDADA?

Demos el beneficio de la duda a estos olvidos imperdonables. Pero de seguro no hay acuciosidad en las investigaciones, o no le dieron importancia en tanto no se la sabe ubicar.

Por ejemplo: Abelardo Bonilla en *Historia de la Literatura Costarricense* (Edit. C.R., 1967, pág. 248), la menciona en el capítulo de Literatura miscelánea porque "no puede ser catalogada dentro de los movimientos que permiten ordenar el desarrollo de la novela, de la poesía o del pensamiento"... "Las mujeres han puesto una delicada nota de lirismo en la que hemos llamado producción miscelánea de nuestras letras" (pág. 1488). Manuel Segura Méndez, en *La Poesía en Costa Rica* (Edit. C.R., 1963), no menciona a María Esther Amador. Carlos Duverrán, en la antología *Poesía Contemporánea de Costa Rica*, tampoco toma en cuenta a María Esther Amador. Alberto Baeza Flores en *Evolución de la Poesía Costarricense* (Edit. C.R., 1978) tampoco menciona a "Clara Diana".

Margarita Rojas y Flora Ovarés en *100 años de literatura costarricense*, dentro del capítulo de la Lírica, no mencionan a María Esther Amador, por desconocimiento o porque no se la consideraba Modernista.

I
A
Q
A
C
L
y
L
ca
q
Do
y e
Mi
De
de
L
Sede
El p
En s
guita
que v
encar
Al ab
Mi al
Se lle
el pre
con p
de los
de ron
,Oti co
,Cosas
que son

AMANECERES, ATARDECERES, PAISAJES LUNARES Y SONATAS QUE ACOMPAÑARON A "CLARA DIANA"

Se incluye aquí una muestra de su poesía:

De la vida sencilla

Amaneceres del domingo bajo un cielo diáfano,
Que semeja colosal pupila de zafir.
A la vera del camino, las ramas se estremecen nerviosas,
Cojo estrellas, y como pestañas.
La calle se puebla de rumores sordos, de palabras burdas
y de risas frescas; de olor a ropa limpia y de colores vivos.
La iglesia vuelca en el aire sus dos copas de bronce
como epílogo a todos los ruidos de la calle,
que van a morir en la misa sahumada de incienso.
Domingo: único día que se consiguen aquí, frutas frescas;
y esta idea me hace sonreír cual chiquilla golosa,
Mientras mis labios saborean las jugosas pulpas
De esas frutas conservadas en hielo,
de una venta a la orilla de la plaza.

Luna de invierno

Seda y plata en las sandalias de la noche...
El pueblo, en sombras, dormitando.
En sus ondas trae el viento una melodía de violines y
guitarras,
que viene de lejos, extendiéndose como una serpentina de
encanto
Al abrir mi ventana, se tiende un puente de luz sobre la calle.
Mi alma —copa que vive alejada del festín—
Se llena de luna y de música y la adormece
el prestigio de un cuento milunanochesco
con pedrería en los abanicos
de los pavos reales y con fuegos en los ojos
de románticas mujeres de Bagdad.
¡Oh cosas idas, pasadas, que no se pueden olvidar!
¡Cosas de que el alma está llena; cosas que son tu recuerdo,
que son tu alma vibrando en mi espíritu!

Visión lunar

Bajo la noche, volví al sitio en donde temprano estuviste conmigo:
 al puente, al río, bañado en la plata de la luna.
 ¿Recuerdas cómo te gustó? Soñé que estabas a mi lado nuevamente
 como una gran flor de sensualismo, cuyos pétalos conocen la caricia de mis manos.
 Pensé que eras una ninfa... y bajo en influjo de mi pensamiento, te vi de pronto,
 correr entre las aguas, los pies desnudos y tu cuerpo medio envuelto en telas tejidas con hilos de sol y con seda de luna;
 Palpitantes los senos –tus magnolias de pecado– toda blanca y tentadora, ninfa, náyade, sirena.
 Tu cuerpo de blancura de cisne, era una gran flor abierta y reflejada en el terso cristal...
 Mientras mis dedos deshojaban en tus hombros, rosas, claveles de pasión.
 Pero ¿Qué pasó, qué hada maligna deshizo el encanto?
 En un instante, mis ojos dejaron de verte, sin saber si subsiste hasta la luna
 En el carro triunfal de Afrodita, o si bajo el agua te ocultó algún palacio de esmeraldas y zafiros!
 Oh embriaguez nocturna, oh delirio del espíritu soñador de ti solo quedaba el perfume de tu carne desnuda.
 Las aguas cantaban tu ausencia y en ellas rehilaba la luna.
 En la hierba había música de élitros; arriba,
 Armonía de astros; en mi corazón, la fuga de un sueño...!
 (julio, 1925)

BIBLIOGRAFÍA

- Amador, María Esther (1927) *Atardeceres*.
 Bonilla, Abelardo (1967) *Historia de la Literatura Costarricense*. Edit. Costa Rica: San José, Costa Rica.
 Chaves, José R. (1997). "De libros viejos y valiosos" en *La Nación*, 9 de febrero, San José, Costa Rica. p. 15.
 Rojas, Margarita y Flora Ovaes (1995). *100 años de literatura costarricense*. Edit. FARBEN: San José, Costa Rica.